



CHICA

UNO

Abigail

Dean

Alexandra, una exitosa abogada afincada en Nueva York, recibe la noticia de que su madre, muerta en la cárcel, la ha nombrado albacea de su testamento. Aunque nadie en su entorno lo sabe, la protagonista fue años atrás la Chica Uno, la única que logró escapar de la casa donde sus padres la tenían prisionera junto a sus hermanos. Ahora, Alexandra deberá ponerse en contacto con los demás, que crecieron en familias adoptivas diferentes, incluido su extraño hermano Ethan, que ha convertido la pesadilla que vivieron de niños en un lucrativo negocio de conferencias...

Convertida en un fenómeno internacional y calificada de obra maestra por la crítica literaria, esta novela hipnótica, llena de misterios y personajes que no son lo que parecen, eleva el *thriller* psicológico a un nuevo nivel.

Índice de contenido

Cubierta

Chica Uno

1. Lex (Chica Uno)
2. Ethan (Chico Uno)
3. Delilah (Chica Dos)
4. Gabriel (Chico Dos)
5. Noah (Chico Cuatro)
6. Evie (Chica Tres)
7. Todos nosotros

Agradecimientos

Sobre la autora

Para mamá, papá y Rich

1

Lex (Chica Uno)

No me conocéis, aunque habréis visto mi cara. En los primeros retratos machacaron con píxeles nuestra imagen hasta la cintura; incluso nuestro pelo era demasiado característico para mostrarlo. Sin embargo, cuando la noticia y sus guardianes perdieron interés, resultó fácil localizarnos en los recovecos más sombríos de internet. La fotografía preferida era una tomada delante de la casa de Moor Woods Road un día de septiembre a última hora de la tarde. Salimos en fila los seis y, mientras nuestro padre preparaba la composición, nos colocamos por orden de estatura, con Noah en brazos de Ethan. Pequeños fantasmas blancos que se removían con el impacto del sol. La casa reposaba detrás de nosotros bajo la última luz del día, con sombras que se extendían desde las ventanas y la puerta. Miramos inmóviles a la cámara. Tendría que haber sido perfecto, pero, un instante antes de que nuestro padre pulsara el botón, Evie me apretó la mano y volvió la cara hacia mí; en la fotografía está a punto de hablarme y en mis labios empieza a dibujarse una sonrisa. No recuerdo qué dijo, aunque no me cabe ninguna duda de que más tarde lo pagamos.

Llegué a la cárcel por la tarde. Durante el trayecto había estado escuchando una lista de reproducción confeccionada hacía tiempo por JP, «Que tengas un gran día», y, sin la música ni el motor, el coche quedó en silencio de gol-

pe. Abrí la portezuela. En la autopista iba aumentando el tráfico, que sonaba como un océano.

El centro penitenciario había emitido un breve comunicado para confirmar el fallecimiento de mi madre. La noche anterior había leído en internet los artículos. Eran superficiales y terminaban todos con una variante del mismo final feliz: se cree que los hijos de los Gracie, algunos de los cuales han renunciado al anonimato, están bien. Envuelta en una toalla sobre la cama del hotel, rodeada de lo que había pedido al servicio de habitaciones, me eché a reír. En el desayuno encontré una pila de periódicos locales junto al café; mi madre aparecía en primera plana, bajo un artículo sobre un apuñalamiento en una hamburguesería Wimpy. Un día tranquilo.

La reserva incluía un bufet caliente y comí a dos carrillos hasta el final, cuando la camarera me informó de que la cocina tenía que comenzar a preparar el almuerzo.

—¿La gente se detiene a almorzar? —le pregunté.

—Se llevaría usted una sorpresa —respondió. Puso cara de disculpa—. Pero no está incluido en la reserva.

—No importa. Gracias. Ha sido fantástico.

Cuando comencé a trabajar, Julia Devlin, mi mentora, me dijo que llegaría un momento en que me hartaría de la comida y el alcohol gratis; en que mi fascinación por las bandejas de impecables canapés menguaría; en que ya no pondría el despertador para tomar el desayuno del hotel. Devlin acertaba en muchas cosas, pero no en esa.

Nunca había estado en la cárcel, que, sin embargo, no era muy distinta de como la había imaginado. Al otro lado del aparcamiento se alzaban unos muros blancos coronados por alambre de espino, como un desafío sacado de un cuento de hadas. Más allá, cuatro torres presidían un foso de hormigón con una fortaleza gris en el centro: la limitada vida de mi madre. Había aparcado demasiado lejos, por lo que tuve que cruzar un mar de plazas libres siguiendo las gruesas líneas blancas donde me era posible.

En el aparcamiento solo había otro vehículo, en cuyo interior una mujer mayor se aferraba al volante. Al verme levantó la mano como si nos conociéramos; le devolví el saludo.

El asfalto empezaba a volverse pegajoso. Cuando llegué a la entrada ya notaba el sudor en el sujetador y en el pelo de la nuca. Había dejado la ropa estival en un armario de Nueva York. En mi recuerdo, los veranos ingleses eran tímidos, por lo que cada vez que salía a la calle me sorprendía el azul descarado del cielo. Por la mañana había pasado un rato pensando en qué ponerme, clavada a medio vestir ante el espejo del ropero; a fin de cuentas, en realidad no había un traje para cada ocasión. Me había decantado por una camisa blanca, unos tejanos anchos, zapatillas de deporte recién compradas y unas antipáticas gafas de sol. «¿Demasiado alegre?», le pregunté a Olivia en un mensaje acompañado de una fotografía, pero se encontraba en Italia para asistir a una boda en las murallas de Volterra y no respondió.

Había una recepcionista, como en cualquier oficina.

—¿Tiene cita? —me preguntó.

—Sí. Con la alcaide.

—¿Con la directora?

—Eso es. Con la directora.

—¿Es usted Alexandra?

—Sí.

La directora había aceptado recibirme en el vestíbulo. «Los sábados por la tarde se reduce el personal —había dicho—. Y no se admiten visitas pasadas las tres. Así será más discreto para usted».

—Me parece bien —repuse—. Gracias.

—No debería decirlo —añadió—, pero sería el momento ideal para la gran evasión.

En ese instante apareció en el pasillo, que ocupó por completo. Yo había leído sobre ella en internet. Era la primera mujer que llegaba a directora de un centro de máxi-

ma seguridad del país y después de su nombramiento había concedido unas cuantas entrevistas. Había querido ser policía, pero en aquella época aún se exigía una estatura mínima y a ella le faltaban unos cinco centímetros para alcanzarla. Se había enterado de que tenía la altura necesaria para ser funcionaria de prisiones, lo que carecía de lógica, pero a ella le fue de perlas. Vestía un traje azul eléctrico –lo reconocí: era el que llevaba en los retratos que acompañaban a las entrevistas– y unos zapatos incongruentes, delicados, como si alguien le hubiera indicado que suavizarían la impresión que causaba. Creía a pies juntillas en la capacidad de rehabilitación. Se la veía más cansada que en las fotografías.

–Alexandra –dijo, y me estrechó la mano–. Mi más sentido pésame. Lo siento.

–Pues yo no, así que no se preocupe.

Señaló en la dirección por la que había llegado.

–Mi despacho está al lado del centro de recepción de visitas. Si tiene la bondad...

El pasillo, de un frío amarillo y decorado con carteles marchitos sobre el embarazo y la meditación, tenía los rodapiés rayados. Al final había un escáner y una cinta transportadora para dejar los artículos personales. Taquillas de acero hasta el techo.

–Meras formalidades –dijo la directora–. Al menos no hay gente.

–Igual que en un aeropuerto –comenté.

Me acordé del control de hacía dos días en Nueva York: el portátil y los móviles en una bandeja gris; la ordenada bolsa transparente con los artículos de maquillaje que deposité al lado. Había pasillos especiales para los viajeros frecuentes, de modo que nunca tenía que guardar cola.

–Igual –repuso–. Sí.

Vació los bolsillos y dejó su contenido en la cinta transportadora antes de pasar por el escáner. Llevaba una tar-

jeta de identificación, un abanico rosa y un protector solar infantil.

—Toda una familia de pelirrojos —comentó—. No estamos hechos para días como este.

En la fotografía de la tarjeta parecía una adolescente con ganas de empezar su primer día de trabajo. Yo no llevaba nada en los bolsillos; la seguí sin detenerme.

Dentro tampoco había nadie. Cruzamos el centro de recepción de visitas, donde las mesas de plástico y las sillas ancladas al suelo aguardaban la siguiente sesión. Al final de la sala había una puerta metálica, sin ventanas; supuse que al otro lado estaban mi madre y los confines de sus modestos días. Al pasar toqué un asiento e imaginé a mis hermanos esperando a que llevaran a madre a esa estancia vulgar. Delilah debía de haberse recostado allí muchas veces; Ethan la había visitado en una sola ocasión, aunque únicamente por la magnanimidad del acto. Más tarde había escrito para el *Sunday Times* un artículo titulado «Las dificultades del perdón», que eran muchas y previsibles.

Al despacho de la directora se accedía por otra puerta. La mujer acercó su tarjeta de identificación a la pared y se palpó en busca de una última llave. La llevaba en el bolsillo de la pechera, encima del corazón, sujeta a una fotografía con marco de plástico llena de chicos pelirrojos.

—Bien, ya estamos —dijo.

Era un despacho sobrio, con paredes cubiertas de agujeritos y vistas a la autopista. Al parecer la directora se había percatado y había concluido que no estaba bien, de modo que había instalado una espartana mesa de madera y una silla de oficina, e incluso había encontrado presupuesto para adquirir dos sofás de piel, que necesitaría en las conversaciones delicadas. De las paredes colgaban sus títulos académicos y un mapa del Reino Unido.

—Sé que es la primera vez que nos vemos —dijo—, pero querría decirle algo antes de que llegue el abogado.

Señaló los sofás. Yo detestaba las reuniones formales en muebles cómodos: no había forma de saber cómo sentarse. Sobre la mesa que teníamos delante había una caja de cartón y un delgado sobre marrón con el nombre de mi madre.

–Espero que no lo considere poco profesional –prosiguió la directora–, pero recuerdo haber leído sobre usted y su familia en las noticias de la época. Mis hijos eran muy pequeños. He reflexionado mucho sobre aquellos titulares desde entonces, antes incluso de entrar a trabajar aquí. En esta profesión se ven muchísimas cosas, tanto de las que salen en los periódicos como de las que no. Y, después de tanto tiempo, algunas de ellas, muy pocas, aún me sorprenden. La gente me dice: «¿Cómo es posible que incluso ahora sigan sorprendiéndote?». Pues bien, me niego a que no me sorprendan.

Del bolsillo del traje sacó el abanico, que de cerca parecía confeccionado a mano por un chico o por una reclusa.

–Sus padres me sorprendieron –añadió.

Miré hacia la ventana que había detrás de ella, en cuyo borde oscilaba el sol, a punto de colarse en el despacho.

–Lo que le ocurrió a usted fue terrible –prosiguió–. De parte de todos nosotros..., esperamos que encuentre la paz.

–¿Y si hablamos del motivo por el que me ha llamado?

El abogado estaba preparado junto a la puerta, como un actor a la espera del momento de entrar en escena. Vestía un traje gris con una corbata alegre y estaba sudando. Cuando se sentó, el cuero chirrió.

–Bill –se presentó y volvió a levantarse para estrecharme la mano.

Había empezado a manchársele la parte superior del cuello de la camisa, que se había vuelto gris como el traje.

–Tengo entendido que tú también eres abogada –añadió de inmediato.

Era más joven de lo que había previsto, tal vez menor que yo; debíamos de haber estudiado la carrera en la misma época.

–Solo llevo asuntos empresariales –dije y, para que se sintiera mejor, agregué–: No sé nada de testamentos.

–Por eso yo estoy aquí –dijo Bill.

Le dirigí una sonrisa alentadora.

–¡De acuerdo! –exclamó. Dio un golpecito en la caja de cartón–. Aquí están los efectos personales. Y este es el documento.

Deslizó el sobre por la mesa y lo abrió. El testamento decía, en la letra trémula de mi madre, que Deborah Gracie nombraba albacea a su hija Alexandra Gracie; que el remanente de los bienes de Deborah Gracie se componía, en primer lugar, de las pertenencias que tenía en el Centro Penitenciario de Northwood; en segundo lugar, de aproximadamente veinte mil libras heredadas de su difunto esposo, Charles Gracie, y en tercer lugar, de la propiedad sita en el número 11 de Moor Woods Road, en Hollowfield. Dichos bienes debían repartirse a partes iguales entre los hijos supervivientes de Deborah Gracie.

–Albacea –dije.

–Parecía convencida de que eras la persona ideal para ese cometido –afirmó Bill.

Me eché a reír.

Imaginad a mi madre en la celda, jugueteando con su melena rubia, larguísima, hasta las rodillas; tan larga que podía sentarse sobre ella, como si se tratara de una habilidad con la que divertir a los demás en una fiesta. Reflexiona sobre el testamento bajo la dirección de Bill, que se compadece de ella, que se alegra de echarle una mano y que también en ese momento está sudando. Bill desea preguntarle muchas cosas. Mi madre tiene el bolígrafo en la mano y tiembla con desconsuelo fingido. Ser albacea, le dice Bill, es una especie de honor. Pero también comporta una carga burocrática y la necesidad de establecer con-

tacto con los diversos beneficiarios. Con el cáncer bullendo en su vientre y solo unos meses de vida para putearnos, mi madre sabe perfectamente a quién nombrar.

–No tienes la obligación de aceptarlo si no quieres – me indicó Bill.

–Lo sé –dije.

Él alzó los hombros.

–Puedo orientarte sobre los aspectos fundamentales. Es una cartera de activos muy pequeña, así que no debería ocuparte demasiado tiempo. Lo principal, lo que yo tendría presente, es ganarse el apoyo de los beneficiarios. Decidas lo que decidas sobre qué hacer con esos activos, primero consigue el visto bueno de tus hermanos.

Tenía reservado el vuelo de regreso a Nueva York para la tarde del día siguiente. Pensé en el aire frío del avión y en las pulcras cartas de comida y bebidas que se repartían tras el despegue. Me imaginé poniéndome cómoda para el viaje después de tres días embotada por las copas tomadas en la sala vip y luego despertándome en la calidez del atardecer, con un coche negro que me esperaba para llevarme a casa.

–Tengo que pensarlo –dije–. No es un buen momento.

Bill me entregó un papelito con su nombre y su número de teléfono escritos a mano en unas líneas de color gris claro. Las tarjetas de visita no entraban en el presupuesto de la cárcel.

–Esperaré tu respuesta. Si no aceptas, sería de utilidad contar con alguna sugerencia. Tal vez otro de los beneficiarios.

Pensé en la posibilidad de proponérselo a Ethan, o a Gabriel, o a Delilah.

–Tal vez –respondí.

–Para empezar –dijo él con la caja sobre la palma de la mano–, estas son todas las pertenencias que tenía en Northwood. Puedo entregártelas hoy.

La caja no pesaba.

–Me temo que poseen un valor insignificante –prosiguió–. Tu madre tenía varios cupones de regalo, por conducta ejemplar y cosas así, pero fuera no valen nada.

–Qué pena –dije.

–El único asunto pendiente es el cuerpo –dijo la directora.

Se acercó a la mesa y cogió una carpeta de anillas con folletos o catálogos metidos en archivadores de plástico. Como una camarera que entregara la carta, la abrió ante mí. Atisbé tipos de letra lúgubres y unas caras pesarosas.

–Opciones –añadió la directora, que pasó la página–. Por si le interesa. Son funerarias. Algunas ofrecen más detalles: funerales, ataúdes y demás. Son de la zona: todas están a menos de unos ochenta kilómetros.

–Lo siento, pero creo que hay un malentendido –dije.

La directora cerró la carpeta por un folleto que mostraba un coche fúnebre pintado con un estampado de piel de leopardo.

–No vamos a reclamar el cadáver –anuncié.

–Ah –exclamó Bill.

Si la directora se sobresaltó, supo disimularlo.

–En ese caso –dijo–, enterraremos a su madre en una tumba sin nombre, según la política de la cárcel. ¿Tiene usted alguna objeción?

–No –respondí–, ninguna.

Mi otra entrevista fue con la capellana, que había solicitado hablar conmigo. Me había pedido que acudiera a la capilla de las visitas, que se encontraba en el aparcamiento. Una ayudante de la directora me acompañó a un edificio achaparrado. Alguien había instalado una cruz de madera encima de la puerta y había colgado papel de seda de colores sobre las ventanas: vitrales infantiles. Había seis filas de bancos de cara a un estrado improvisado con un ventilador, un atril y una miniatura de Jesucristo en la cruz.

La capellana me esperaba sentada en el penúltimo banco. Se levantó para saludarme. Todo en ella era redondo y húmedo: su rostro en la penumbra, su vestido blanco suelto, las dos manitas que rodearon las mías.

–Alexandra –dijo.

–Hola.

–Te preguntará por qué quería verte.

Mostraba la clase de dulzura que es preciso practicar. Me la imaginé en la sala de conferencias de un hotel barato, con una tarjeta de identificación, como asistente a una charla acerca de la importancia de las pausas... o de dar a los demás la oportunidad de hablar.

Esperé.

–He pasado muchos ratos con tu madre en sus últimos años. Llevábamos tiempo trabajando juntas, claro, pero en los últimos años aprecié cambios en ella. Y confiaba en que esos cambios te proporcionaran hoy consuelo.

–¿Cambios? –Noté que se me escapaba una sonrisa.

–Os ha escrito muchas veces en estos años. A ti, a Ethan y a Delilah. La he oído hablar de todos vosotros. De Gabriel y de Noah. Escribió a Daniel y a Evie alguna que otra vez. Para una madre, con independencia de los pecados que haya cometido, perder a sus hijos... Ella perdió mucho... Me traía las cartas para que revisara la ortografía y las señas. Al ver que no le contestabais, siguió pensando que las direcciones no eran correctas.

El papel de seda proyectaba una luz carnosa en el pasillo. Había supuesto que los adornos de las ventanas habían sido una actividad de las reclusas, pero de pronto imaginé a la capellana encaramada a una silla durante horas, engalanando su reino.

–Quería hablar contigo pensando en el perdón, porque si perdonamos a los demás cuando pecan contra nosotros, nuestro padre celestial también nos perdonará a nosotros.

Apoyó la mano en mi rodilla. El calor que desprendía se filtró a través de los tejanos como algo que se hubiera derramado.

–Pero si no perdonamos los pecados ajenos –añadió–, nuestro padre no perdonará los nuestros.

–El perdón –dije.

La forma de la palabra se me atragantó. Seguí sonriendo.

–¿Las recibiste? –me preguntó la capellana–. Las cartas, me refiero.

Sí, las recibí. Pedí a papá –mi verdadero padre y no el carcinoma de mis huesos– que las destruyera a medida que llegaban. Era fácil identificarlas: se veía que las habían abierto y vuelto a cerrar, y llevaban estampado un aviso de que se trataba de correspondencia de una reclusa del Centro Penitenciario de Northwood. Poco después de que yo cumpliera los veintiuno, cuando ya estudiaba en la universidad, durante una visita mía a casa, papá se acercó a mí con una confesión y una caja que contenía las puñeteras cartas. «Pensé que en el futuro... –me dijo– quizá sintieras curiosidad...» Debían de ser las vacaciones de invierno, pues la barbacoa estaba guardada en el cobertizo del jardín. Me ayudó a sacarla y, plantados los dos con los abrigos puestos, él con la pipa en la mano y yo con una taza de té, las echamos al fuego.

–Creo que se equivoca de historia –le dije a la capellana–. Hay un relato, lo hemos visto miles de veces, que conduce a una visita a la cárcel: una persona encerrada espera a que otra la visite. A que la perdone. El visitante lleva años meditándolo y no acaba de decidirse a ir. Bien. Al final va. Por lo general, se trata de un padre o una madre y su hijo, o quizá un delincuente y su víctima..., depende. El caso es que va y conversan. Y aunque el visitante no perdone exactamente a la persona en cuestión, al menos saca algo de todo el embolado. Pero mi madre ha muerto y yo no vine a verla ni una sola vez.